

<b>Revista de Literatura, História e Memória</b> Pesquisa em Letras no contexto Latino-Americano e Literatura, Ensino e Cultura
<b>ISSN 1983-1498</b>
<b>VOL. 14 - Nº 23 - 2018</b>
<b>UNIOESTE / CASCAVEL</b>
<b>P. 107-120</b>

# EL SILENCIO DE LOS PERSONAJES ANÓNIMOS, EN *Y MATARAZO NO LLAMÓ...*, DE ELENA GARRO

Sunhee Park<sup>1</sup>

**Resumen:** La obra más querida de Elena Garro junto con *Los recuerdos del porvenir* (1963) es la novela *Y Matarazo no llamó...*, publicada en 1991 aunque está fechada en 1960. Dicha novela hace referencia a la huelga ferrocarrilera mexicana de 1959, cuyas alusiones se encuentran desde el principio del texto. El presente artículo parte de una pregunta: ¿por qué Elena Garro elige como protagonista a un personaje ficticio y ordinario de clase media, aunque el tema tiene como base un hecho histórico de gran importancia en la historia de la democracia en México? A medida que se desarrolla el relato, las referencias al silencio se hacen más frecuentes e intensas, las cuales analizaremos en tres apartados conforme avanza el silencio. El silencio aparece como elemento clave para describir a los personajes a partir de que los huelguistas visitan a Eugenio y le piden su ayuda, y después de que le dejan a un herido desconocido en su casa. El silencio predomina en el ambiente de la narración. Este silencio que se intensifica deviene en la muerte de los protagonistas y en las noticias donde ni siquiera se mencionan sus nombres. Eugenio piensa en los otros personajes sin nombre que se hallan en una situación igual que la suya. En ese momento, la anonimidad que sería una finalización del silencio que se les impone a las víctimas de la violencia se convierte radicalmente en el código para la compenetración y la solidaridad.

**Palabras-clave:** Anonimia; Silencio; Historia; Huelga ferrocarrilera mexicana; 1959.

**Abstract:** The most beloved work of Elena Garro along with *Los recuerdos del porvenir* (1963) is the novel *Y Matarazo no llamó...*, published in 1991 although it is dated in 1960. This novel refers to the 1959 Mexican railroad strike, whose allusions are found from the beginning of the text. The present article is based on a question: Why does Elena Garro choose a fictional and ordinary middle class character as the protagonist, although the theme is based on a historical event of great importance in the history of democracy in Mexico? As the story unfolds, the references to silence become more frequent and intense, which we will analyze in three sections as the silence advances. Silence appears as a key element to describe the characters after the strikers visit Eugenio and ask for his help, and after an unknown wounded is brought to his home. Silence predominates in the atmosphere of the narrative. This silence that intensifies becomes the death of the protagonists and the news where their names are not even mentioned. Eugenio thinks of the other nameless characters who are in a situation just like his. At that moment, the anonymity that would be an end to the silence imposed on the victims of violence becomes radically the code for mutual understanding and solidarity.

**Keywords:** Anonymity; Silence; History; Mexican railroad strike; 1959.

## I. INTRODUCCIÓN

*Y Matarazo no llamó...* (1960/1991) es una novela policiaca, donde el protagonista es un hombre ordinario de clase media que no tiene nada que ver con la política, pero que se ve envuelto en una trama persecutoria después de conocer casualmente a unos líderes de la huelga ferrocarrilera ocurrida en México, en 1959. Eugenio Yáñez, de edad media y solitario, da cigarrillos a los huelguistas por la necesidad de hablar con alguien y ayuda a dos líderes jóvenes a huir de la represión. Después de que dejan enfrente de su casa a un herido desconocido, Eugenio lo cuida sin conseguir saber quién es ni qué hacer con él. Cada noche, Matarazo, que había acompañado a los dos huelguistas jóvenes, visita a Eugenio, pero este guarda su secreto sobre el herido por desconfianza y ambos personajes comparten su preocupación por los huelguistas jóvenes en una conversación fragmentada. A pesar de los esfuerzos por salvarlo, el herido muere y Eugenio huye al norte, pero tanto Eugenio como Matarazo son atrapados por la Policía y terminan asesinados a traición por la Ley de Fuga.

En la portada de la novela, Elena Garro incluyó la nota "1960, París", la cual permite relacionar a los personajes huelguistas con los de la huelga ferrocarrilera de 1959. Pero en entrevista con Patricia Rosas Lopátegui, Garro confesó que había atrasado la fecha de la novela para evitar menciones directas a 1968 a fin de evadir las acusaciones políticas que podrían haberse derivado y que, de hecho, ocurrieron. Rosas Lopátegui supone que en el texto *Y Matarazo no llamó...* se superponen dos sucesos históricos, la huelga ferrocarrilera de 1959 y el movimiento estudiantil de 1968 (2017, p. 15). Desde la primera parte de la novela, se observan alusiones a dicha huelga, como "aquella gente que velaba en la estación" (GARRO, 1991, p. 16, citaremos por esta edición), refiriéndose a los obreros que trabajan en la estación del tren, así como cuando habla de "botas manchadas de grasa negra de la vías de los ferrocarriles" (p. 21), de Tito y Pedro. También, "el aumento pedido por cabeza por el comité de huelga" (p. 22) es una referencia al Plan Sureste, con el que los obreros "rechazaron 200 pesos de aumento y exigieron 350 como demanda" (ECHEVERRÍA, 2009). Después de que Tito y Pedro, los dos huelguistas jóvenes desaparecen, disminuyen los indicios de la huelga, a la par que el relato se concentra más en la vida del protagonista Eugenio Yáñez y en su conflicto interior.

Los estudios históricos coinciden en afirmar que "la historia mexicana registra las luchas ferrocarrileras de 1958/59 como las más grandes batallas obreras del siglo XX" (ECHEVERRÍA, 2009). *Y Matarazo no llamó...* no es la única obra que trata acerca de este acontecimiento. Hay al menos dos novelas destacadas que se basan en

el mismo suceso, *El tren pasa primero* (2005) de Elena Poniatowska, cuyo protagonista tiene como modelo a Demetrio Vallejo, el líder del Movimiento Ferrocarrilero y, tal vez la primera en ocuparse del hecho histórico, *José Trigo* (1966) de Fernando del Paso. Si aceptamos, como afirma la crítica, que el trabajo de los novelistas es escribir aquello a lo que los historiadores no prestan atención suficiente, la novela de Elena Poniatowska cumple cabalmente, puesto que “combina los recursos del testimonio, la narrativa histórica y la biografía novelada para entrelazar la historia de un movimiento social con la vida pública y privada de su líder” (MELGAR, 2006). En el caso de *José Trigo*, no obstante que su protagonista es un personaje mítico y hasta alegórico que recorre más de 500 páginas, “el autor señala que escribió su novela de abril de 1959 a julio de 1966 [...], motivada por la gran huelga ferrocarrilera de marzo de 1959, uno de los acontecimientos cruciales de la historia contemporánea de México” (DESSAU, 1968, p. 510).

Elena Garro, en cambio, en una breve novela inventa un personaje, Eugenio Yáñez, para ponerlo en el lugar protagónico, y se enfoca en narrar la situación miserable de una víctima inocente que no tiene nada que ver con la política que propicia la huelga. El relato no se detiene en explicar el proceso de los paros ni las ideas de los huelguistas, sino que muestra cómo se devasta la vida ordinaria del protagonista al tiempo que narra su rutina en la oficina, la relación con su familia, los recuerdos de su niñez, construyendo así una microhistoria ficcional muy verosímil. En este artículo, trataremos de responder a la pregunta: ¿por qué Elena Garro eligió esta estrategia? Y con esa pregunta comenzaremos el análisis del texto, luego de presentar el marco histórico en que se basa la novela.

## 2. LA HUELGA FERROCARRILERA MEXICANA DE 1959

La *Nueva historia general de México* le dedica un fragmento a la huelga de los ferrocarrileros mexicanos, de 1959: “En febrero de 1958 [...] un grupo importante de ferrocarrileros [...] inició paros parciales y escalonados en la ciudad de México, Veracruz y Guadalajara, en demanda de un incremento salarial [...], hubo varios enfrentamientos con la policía en las calles de la capital” (LOAEZA, 2010, p. 679). También, la *Nueva historia mínima de México* registra la represión que sufrió dicho movimiento: “En 1959, una gran huelga ferrocarrilera fue reprimida por el ejército; varios de sus dirigentes, entre ellos Demetrio Vallejo, fueron a dar a la cárcel [...] y allí permanecieron durante años.” (ABOITES AGUILAR, 2004, p. 283). La historia oficial, finalmente, registra estos hechos de los que en los primeros años solo se había ocupado un grupo reducido de intelectuales y escritores. Con base en fuentes

publicadas en la misma década de los setenta, el libro de Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México (1958-1959)* (Era, 1975) y en los ensayos seleccionados por Orlando Ortiz en *La violencia en México* (Diógenes, 1978), la revista *Nexos* elaboró una "Cronología mínima" con motivo de los veinte años del movimiento ferrocarrilero. En dicha cronología, se destaca la presión que ejerció en el Gobierno la iniciativa privada, a través de "las cámaras nacionales de industria de hierro, acero y cemento" para que reprimiera a los manifestantes:

Nunca un conflicto intergremial puede exceder los límites obreros y menos traducirse como aconteció, en un ataque a la estabilidad económica del país (...) Se atentó contra los intereses generales de la nación y los industriales no encontramos justificación legal, ni humana ni lógica a esta conducta (...) Ojalá el gobierno proceda con toda energía. (*NEXOS*, 1978, los cortes pertenecen al texto.)

Asimismo, en la cronología se registra la presencia de ciudadanos ajenos al movimiento: "Petroleros, ferrocarrileros, **estudiantes y curiosos** se reúnen en el Monumento a la Revolución donde es incendiado un vehículo de transporte público. Durante unas cinco horas se suceden enfrentamientos y escaramuzas" (*NEXOS*, 1978, las negritas son nuestras), así como la violencia con que se reprimió la huelga: "Los reunidos acometen oficinas de la Policía Judicial varias veces, siendo rechazados en todas ellas a balazos" (*NEXOS*, 1978).

En la celebración del 50 aniversario, Agustín Escobar Ledesma calificó como "trascendental suceso en la lucha por la democracia sindical" al movimiento ferrocarrilero. En su artículo publicado en la prestigiosa revista de la UNAM, *La Jornada Semanal*, incluyó testimonios de escritores e intelectuales que vivieron los hechos:

Uno de los testimonios pertenece a Hugo Gutiérrez Vega, quien recuerda y describe al entrañable líder ferrocarrilero: "Demetrio Vallejo era un hombre sencillísimo; era un hombre de pueblo, un obrero, tenía facilidad de palabra, pero no pretendía utilizar palabras complicadas, hablaba con palabras llanas, lo entendían perfectamente sus compañeros, bondadosísimo y de un valor a toda prueba, sin hacer alarde de ese valor, con ideas clarísimas de lo que quería". (ESCOBAR LEDESMA, 2009).

El artículo agrega la actitud negativa de la prensa hacia el movimiento, como se reflejará igualmente en la novela de Garro: "Los periódicos de la época descalificaban peyorativamente a Demetrio Vallejo con el alias de *el Charro rojo*. La prensa, vendida, como siempre, además tachaba a los huelguistas de comunistoides, agiotistas y gángsteres" (ESCOBAR LEDESMA, 2009). La historia oficial reconoce

que se acusó de comunistas a los ferrocarrileros, como consecuencia del ambiente político que primaba en esos momentos: "A tono con las ideas que predominaban en Estados Unidos y México en esos años por el enfrentamiento con la Unión Soviética [...], los ferrocarrileros fueron acusados de comunistas" (ABOITES AGUILAR, 2004, p. 283). Sin embargo, el líder Demetrio Vallejo ciertamente ingresó, en 1934, al Partido Comunista Mexicano, desde donde "realizó proselitismo político de manera clandestina entre ferrocarrileros y trabajadores de otras empresas" (HERNÁNDEZ Y LAZO, 2011, p. 46). Pero sus actividades estuvieron siempre por encima de cualquier dirección partidista, ya que en esos momentos el Partido Comunista de México "se hallaba muy lejos de cualquier detentación del poder. [...] En 1950 lo único con que cuenta este partido por parte del Estado es el permiso oficial para existir y operar" (VALENZUELA, 2004, p. 42), por lo cual según agrega Andrea Valenzuela (2004, p. 42), se vivía en un clima "de silencio y coerción".

De hecho, Demetrio Vallejo "[m]antuvo diferencias ideológicas con la dirigencia del PCM, lo que provocó que en 1945 fuera expulsado del partido, pero continuó su búsqueda para luchar en contra del sistema de gobierno" (HERNÁNDEZ Y LAZO, 2011, p. 47). De ahí que el escritor Hugo Gutiérrez Vega, antes citado como testigo del movimiento, declarara sobre Vallejo: "Yo lo ubicaría en una izquierda democrática" (ESCOBAR LEDESMA, 2009). El líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo "fue un preso político que no se dejó doblegar por los golpes físicos y la represión de que fue objeto" (HERNÁNDEZ Y LAZO, 2011, p. 58). Junto con Vallejo, "fueron arrestados doscientos cuarenta y nueve líderes del movimiento ferrocarrilero a lo largo y a lo ancho de la República" (ESCOBAR LEDESMA, 2009), héroes del movimiento y víctimas anónimas del sistema. A ellos se suman muchos miles más, según consigna Adalbert Dessau (1968, p. 511): "Más de 5.000 obreros fueron apresados, una parte de los cuales fue encarcelada durante años y sin proceso".

Finalmente, conviene revisar el nombre del capítulo antes citado de la historia oficial donde se incluye la mención al movimiento ferrocarrilero. Soledad Loaeza lo denomina: "Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968". En dicho capítulo incluye tanto la huelga ferrocarrilera como el movimiento estudiantil de 1968, reprimido sangrientamente por el Estado. Pero acaso la conexión entre ambos sucesos se deba a una declaración de Valentín Campa, compañero de Demetrio Vallejo y también líder encarcelado por su liderazgo en la huelga: "Juzgo que el factor principal que determinó mi libertad y la del compañero Vallejo fue el movimiento estudiantil y popular de 1968." (JARDÓN, 1998, p. 142). Desde este contexto histórico, analizaremos la novela de Garro, *Y Matarazo no llamó...*, enfocando como objeto de estudio el tratamiento del motivo de la soledad, especialmente en la

configuración del protagonista Eugenio Yáñez.

### 3. EL DESARROLLO DEL SILENCIO

A lo largo de la narración, aparece con insistencia la palabra “silencio” que adquiere un peso significativo en el texto. Mientras se despliega la trama, la situación de Eugenio empeora y el silencio aumenta gradualmente al mismo tiempo que también se intensifica la soledad del protagonista. Por lo tanto, no extraña que la novela ya se haya estudiado como “una novela del silencio”:

Analizaré este texto como una novela del silencio. Me interesa mostrar cómo la textura e impacto o “fuerza” de esta obra se derivan en gran medida de la densidad y de los significados múltiples del silencio-en tanto acallamiento, censura, resistencia, refugio, mudez impuesta y muerte. Si la polisemia del silencio puede considerarse una de las características estilísticas y conceptuales más interesantes de la obra de Garro, en *Y Matarazo no llamó... (YMNL)* la representación de las capas de silencio que se acumulan en el mundo ficticio-y su simultáneo desmontaje-conlleva un cuestionamiento de la represión y de la censura más allá del ámbito político general. (MELGAR, 2003, p. 140).

Lucía Melgar revisa la polisemia que posee el silencio en el texto, como representación de represión o resistencia, afirmando que se percibe en todas las obras de Elena Garro (2003, p. 140). Pero Melgar deriva su análisis hacia una “crítica del ‘mexicano’” relacionada con el cuestionamiento “del código machista” (MELGAR, 2003, p. 140). Pero en nuestro estudio, mostraremos la configuración textual de la dinámica del silencio la cual, aunque se deriva de distintos motivos, cada vez aparece de manera más intensa mientras se desarrolla el argumento hasta llegar a un resultado predecible. Conforme a la idea de Melgar que considera al herido como “la encarnación de una violencia enmudecedora” que “destaca de manera más efectiva la correlación entre violencia y acallamiento” (MELGAR, 2003, p. 144-145), en este trabajo profundizaremos en el tema del silencio dividiendo el texto en tres partes, a partir de la presencia del herido a la casa de Eugenio: antes de su llegada, el momento en que lo cuida y después de la muerte del herido, a fin de observar cómo se configura el silencio que va aumentando gradualmente en el relato.

#### 3.1 EL SILENCIO DE LOS HUELGUISTAS

La desventura de Eugenio empieza con el hecho de dar cigarrillos a los

huelguistas. Pero su desdicha provenía desde mucho antes, ya que el protagonista se presenta a sí mismo como “un don Nadie” (p. 13). Se ofrecen informaciones breves sobre su vida antes de describir su encuentro con los huelguistas. No ha tenido contacto con la familia desde hace mucho tiempo, está divorciado, vive solo, ni siquiera tiene mascota y no cuenta con ningún amigo confiable: “Él podía considerarse como un hombre completamente solo” (p. 13). Esa soledad tan profunda lo lleva a entrar en relación con los obreros:

Movido por la compasión y por **la necesidad de hablar con alguien**, se acercó a los obreros que vigilaban los patios de la estación. Recordó cómo pasó casi rozando sus rejas, tratando de oír lo que decían. Quería mezclarse con ellos, compartir su huelga, aunque fuera de un modo accidental y lejano, para confundirse un poco con los demás, ya que también él era un desdichado. (p. 15, las negritas son nuestras.).

Eugenio resuelve “la necesidad de hablar con alguien” y consigue entablar una amistad con dos obreros, Tito y Pedro. Siente satisfacción regresando a su casa, la cual aumenta cuando encuentra a Tito y a Pedro de nuevo y ellos le piden el favor para llevarlos a la calle Chabacano. Paradójicamente, el silencio se agrava cuando Eugenio está con los obreros más que cuando está solo en su casa:

Los obreros iban **silenciosos**, como si de pronto toda la melancolía de la noche lluviosa se les hubiera echado encima. Eugenio sentía la necesidad de decir cosas que no había dicho jamás en su vida, pero el desaliento de sus compañeros **lo obligó a callar**. (p. 17, las negritas son nuestras.).

Pedro, por su parte, esperaba **en silencio** la reaparición de Tito, mientras que Ignacio, nervioso, se golpeaba la palma de la mano derecha con el puño izquierdo cerrado. [...] Eugenio sintió la tensión que montaba entre Pedro y sus dos compañeros, pero **no dijo nada**. [...] Observó a los tres hombres sentados en sus sillas de tule. Los tres parecían muy cansados y los tres guardaban **silencio**. (p. 19, las negritas son nuestras.).

El sábado por la noche, lo visitan de repente Tito y Pedro que está herido gravemente, acompañados por Matarazo, que Eugenio no conocía. Su característica más destacada en el primer encuentro es de nuevo el silencio, desde la primera frase que describe a ese personaje: “No lo conocía y desde el primer momento le llamó atención ese personaje silencioso” (p. 27). Se repiten descripciones semejantes: “Tito lo observa con temor y Matarazo guardaba silencio”, “Matarazo volvió a caer en su atento silencio” (p. 29), “La pregunta de Eugenio lo había hecho enrojecer y preocupado dio unos pasos por la salita y volvió a quedarse quieto” (p. 29-30). Ante

ese personaje silencioso, Eugenio no puede romper su desconfianza incluso hasta el último momento del relato.

### 3.2 EL SILENCIO EN LA CASA DE EUGENIO

La segunda etapa del silencio empezaría con la frase marcada con una premonición: "Eugenio tuvo la certeza de que una violencia extraña germinaba en alguna parte y esa violencia se había introducido en su casa, para dejarla más sola" (p. 33). Visitan la casa del protagonista tres personajes misteriosos, Alberto, el herido y Matarazo, cuyas indentidades no se descubren sino hasta el final.

El herido, identificado por Tito y Pedro con el Galán al final de la novela, es conducido a la casa de Eugenio por personajes desconocidos que el protagonista no consigue identificar. El herido llega ya moribundo y está en estado de coma, por lo cual no puede contestar ni una palabra a Eugenio, sino que se limita a dar miradas angustiadas. Después de comparar las dos versiones publicadas de la novela, en 1986 y 1989, Lucía Melgar descubrió un cambio significativo. En la primera versión, el herido logra hablar pero la autora lo enmudece por completo en la segunda edición. Melgar concluye: "al mantener hasta el final la mudez de este desconocido en la novela publicada, la autora lo transforma en un símbolo más estremecedor de la violencia a la vez que otorga al silencio mayor densidad y un sentido metafórico más intenso" (2003, p. 144). Así que la imposibilidad total de comunicarse con el herido agrava el silencio y Eugenio se siente más solo en compañía del herido que cuando no convivía con nadie en su casa, debido al silencio que guarda ese personaje:

Si al menos el herido pudiera decir alguna palabra, identificarse, contarle lo que le había sucedido, se sentiría menos desamparado. Podrían platicar, consolarse mutuamente, pero tal como estaba era sólo un fardo doloroso, en inminente peligro y que sin quererlo lo arrastraba también a él a un final desconocido. (p. 52).

Antes, había recibido la visita de Alberto, al que Eugenio había juzgado como un policía secreto, aunque al final se revela que era compañero de Tito y Pedro, y que lo habían mandado para advertir del peligro a Eugenio. Pero la visita ocurre con mucha prisa, prácticamente ignora a Eugenio y se limita a darle unos consejos muy apresurados y vanos. No se preocupa por la seguridad de Eugenio puesto que, para Alberto, el protagonista es un sujeto inútil, trivial, más bien ajeno y sin importancia para la huelga. Más adelante, los policías también lo considerarán con igual valoración:

"¡Caray con estos cabrones comunistas! No les gusta vivir bien ni gozar de la vida; mira nomás a este viejo pendejo, ¿para qué tenía que meterse en esta bola? [...]



“No, seguro, que no. Yo sólo digo que agarrar a uno así vale la pena, ipero a este viejo infeliz! ¿Cuánto crees que traía? ¡Echa un cálculo! Ciento siete pesos y cuarenta centavos...

“¡Carajo!, y con eso iba a cambiar al mundo” y el hombre se echó a reír con ganas. (p. 122).

Queda de manifiesto que todos lo tratan como un ser insignificante. Matarazo, en cambio, es el único personaje que necesita a Eugenio para compartir su preocupación por los huelguistas y para consolarse juntos, olvidados por los demás y menospreciados. Pero la conversación entre ambos no resulta fácil, porque ninguno alcanza a despojarse de su timidez y desconfianza, así que guardan silencio desde la primera visita y hasta el último encuentro:

[...] Le contestó con la esperanza de retenerlo en su casa, pues no deseaba hallarse solo con el moribundo. [...] Comieron en **silencio** [...]. Eugenio se ausentó nuevamente, para echarle un vistazo al herido. Hubiera dado diez años de su vida para encontrarlo en una postura distinta, oírlo roncar, gritar. Todo era preferible al **silencio** terrible de aquel cuerpo de cabeza rota que yacía quieto en su dolor. (p. 57, las negritas son nuestras.).

“¡Los dos! ¡Es increíble!... ¿Me llaman mañana? A ver qué sucede “suplicó de pronto Eugenio, a quien la soledad en que volvía a caer sin su amigo Matarazo le resultaba insoportable. El herido se le apareció en todo el esplendor de su miseria y un terror secreto lo obligó a insistir: “¡Por favor!, no deje usted de llamarme mañana... (p. 89).

Pero la promesa de la llamada de Matarazo nunca se cumple debido a que lo arrestran esa noche inmediatamente después de despedirse, mientras que el narrador dice que Eugenio “temió ofenderlo con sus preguntas y, apoyado en el volante, se resignó a contemplar cómo se alejaba su amigo desconocido” (p. 89). Así, fracasan las oportunidades de que el protagonista pueda romper el silencio para vencer su soledad. Si se hubiera atrevido a abandonar su desconfianza con Matarazo y le hubiera pedido auxilio, si hubiera confesado todo a la señorita Refugio, la única compañera de trabajo por la que tiene simpatía, quizá podría haber cambiado su destino. Aunque no hubieran podido resolver nada, al menos se habría reducido su angustia y sufriría menos. Al final de la novela se revela que Matarazo también había ayudado a Tito y a Pedro solo por compasión, aunque no tenía nada que ver con la huelga de los obreros. El lector deduce que ese era personaje en quien debía haber confiado el protagonista. Pero Eugenio sigue guardando silencio, ambos lo comparten disminuyendo la posibilidad de evitar su trágico desenlace.

### 3.3 EL SILENCIO DE LOS ANÓNIMOS EN EL RELATO

La novela muestra como alternativas dos recursos para vencer el silencio, que aparecen frustradas en la novela. El primero es la religión, que describe como el único medio que puede consolar al hombre:

Era necesario que continuara hablando, así el herido se sentiría reconfortado. "¡Lástima que el pobre no crea en Dios, pues me pondría a rezar por él y los rezos lo llenarían de esperanza y de consuelo! Pero los revolucionarios son ateos, de manera que es inútil". (p. 90, las comillas pertenecen al texto).

"[...] Nadie vendrá por nosotros... sólo Dios" dijo Matarazo con trabajo.

"Sí. Sólo Dios..." y Yáñez quiso recordar la salve": "Dios te salve, reina y madre de misericordia..."

"Vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve..." "continuó Matarazo.

Volvieron a callar. Las palabras de la salve les dieron la resignación necesaria para morir. (p. 129).

Pero la religión no puede salvarlos de su situación límite, sino que se limita a darles "la resignación necesaria para morir". También el padre Joaquín ante el cual Eugenio vence su timidez y confiesa toda su historia por vez primera, trata de socorrer al protagonista pero termina fracasando. El sacerdote es un personaje sincero que rechaza la orden del gobierno que de dar parte a la Policía, pero también es ingenuo ya que se decide a "hablar con periodistas" (p. 132) en su intento de salvar a Eugenio.

Los periódicos que son el segundo recurso que se puede proponer para vencer el silencio, pero se representan en el texto como lo peor. Los periódicos, que según el protagonista "sólo dicen mentiras" (p. 116), dan a sus lectores informaciones falsas y, por lo tanto, cuanto más hablan los periodistas, más se hunde la voz del protagonista. Después de acusar a Eugenio y a Matarazo como asesinos, la prensa los convierte en sujetos anónimos, quitando sus fotografías y sus nombres de las notas:

En los diarios no aparecían **ni sus nombres ni sus fotografías**. Y los periodistas guardaban el más absoluto secreto profesional. Uno de ellos, el más enérgico, declaró: [...] Estos **cuerpos extraños** corrompen a los revolucionarios y ensucian los ideales que los mueven: la libertad, la igualdad y los derechos de los trabajadores. [...] Su compañero, que hablaba también desde la clandestinidad, fue más breve: [...] ¡Alerta!

¡Alerta, camaradas, si no quieren terminar asesinados en el corrupto lecho de un **degenerado!** (p. 134, las negritas son nuestras.).

Eugenio y Matarazo quedan reducidos a “cuerpos extraños” y calificados de degenerados, al tiempo que se les despoja de sus nombres. Los compañeros del trabajo de Eugenio comparten dicha valoración: mientras que la señorita Refugio “no volvió a nombrarlo”, el jefe Gómez lo llama “el individuo ése a quien me da asco nombrar” (p. 132). La historia olvidada de los marginados, como Eugenio y Matarazo, se convierte así en la historia de los anónimos. Y es aquí donde la novela que, además de desconfiar de la Iglesia y rechazando a la prensa, niega todo recurso para que los que permanecen anónimos y silenciados puedan salvarse.

Ese carácter anónimo ya se había anunciado desde antes, precisamente cuando Eugenio usa nombres falsos en el norte. Primero, “en el hotel se había inscrito con otro nombre, el de un antiguo compañero suyo de la escuela primaria: Roberto Palma. Había olvidado su segundo apellido y se puso Jiménez” (p. 105). Y después de hablar con dos hombres que intentan pasar la frontera, piensa vivir allá con otro nombre para siempre:

¿Por qué debía llamarse así? Recordó a dos amigos de infancia y de adolescencia, tal vez los únicos a los que podía darles el título de amigos: Jorge Carrión y Tomás Córdoba, los dos médicos; pero les había perdido la pista. ¿Por qué no llamarse como alguno de ellos, una vez que hubiera pasado la frontera? O quizás combinar los dos nombres: Tomás Carrión, Jorge Córdoba. Debía pensarlo, aunque de antemano decidid: Tomás Carrión. Sonaba bien, así nunca nadie volvería a llamarlo Eugenio Yáñez... o Roberto Palma, como se había inscrito en el hotel. (p. 111).

Según la cita anterior, la historia del personaje llamado Eugenio Yáñez podría ser la historia de Roberto Palma, Jorge Carrión, Tomás Córdoba, Tomás Carrión, Jorge Córdoba, etc. De esta manera, la historia particular del protagonista se convierte en la historia posible para otros personajes que compartirían su carácter de marginado y olvidado por la historia. Cuando Eugenio se traslada en el auto negro de la Policía, imagina a las víctimas iguales a sí mismo:

A esas horas en el mundo, ¿cuántos hombres irían en el fondo de un automóvil para morir en manos de unos desconocidos? Como él, millares de inocentes en el mundo viajaban en coches oscuros, con los ojos vendados, tragando su propia sangre, hacia un destino inicuo. El destino de la víctima es siempre el mismo: ¡terrible! ¿Qué había hecho para ocupar ese lugar en el suelo de un auto? “Yo no soy nadie...”, se dijo sorprendido [...]. ¿Cómo se llamaban los hombres que lo sacaron del coche de doña

Alicia? ¿Y cómo se llamaban los otros que habían sacado de sus casas a hombres iguales a él? El nombre no importaba. Aquellos hombres existían para que existiera el acto prodigioso del crimen, y nuestro tiempo era sólo eso: el crimen. (p. 124).

El crimen queda exaltado como dominante del tiempo y del espacio; los que consumen las noticias sensacionales de los diarios consideran la historia de Eugenio y Matarazo como la de “los dos degenerados” (p. 130), ajena a esa gente ordinaria que permanece al margen del movimiento ferrocarrilero. Sin embargo, la novela hábilmente hace que sus lectores se den cuenta de que esta es una historia de los “don Nadie” (p. 13), de manera que rescata a los olvidados de la historia oficial.

#### 4. CONCLUSIÓN

Responderemos ahora a la pregunta que hemos planteado en la introducción: ¿por qué Elena Garro habrá elegido la estrategia de contar la microhistoria de un personaje ordinario sobre un referente histórico tan destacado? La huelga ferrocarrilera mexicana de 1959 dejó un vestigio que no se puede omitir en la historia de democracia en México y también se marcó con la violencia ejercida de parte de la autoridad que Garro había de observar con sus propios ojos cuando participaba en protestas en las décadas del 50 y 60, apoyando a los huelguistas y ocultando a los perseguidos en su casa. Garro afirmó: “yo no puedo escribir nada que no sea autobiográfico”, la novela que hemos analizado también cuenta con elementos autobiográficos de la autora. Por ejemplo, el suceso de que dejan a un herido desconocido en la casa de Eugenio se basa en la experiencia propia de Garro:

Helena Paz Garro me comentó que los amigos revolucionarios de su mamá efectivamente les dejaron un herido poco antes de la masacre de Tlatelolco —tal como lo describe Garro en la novela—, y que lo albergaron y cuidaron; recuerda vívidamente cómo tenía la cabeza y la cara destrozadas por los golpes y las cuchilladas. (ROSAS LOPÁTEGUI, 2017, p. 15).

Además, la escritora también sufre en carne propia “la paranoia persecutoria” como el protagonista de la novela, tal y como lo cuenta en *Andamos huyendo, Lola* (1980). Otra declaración interesante la registra Javier Brandoli (2016): “Dicen que Poniatowska le preguntó en una ocasión por qué vestía con tacones y vestidos buenos cuando iba a ver a la gente del campo que defendía y que ella le contestó: «Porque yo soy así, no les voy a mentir»”. Como su protagonista Eugenio Yáñez, que no pertenece al grupo de los obreros ni de los burócratas que detentan el poder, Elena Garro

tampoco se identifica a sí misma con ninguna clase de los obreros por los que abogaba ni con los intelectuales que mantenían un cierto grado de prestigio. Por lo tanto, el protagonista estaría configurado con rasgos de la misma autora y del imaginario anónimo de los referentes históricos en que se basa la novela. León Vega ya ha señalado esta posibilidad de ampliar la interpretación en dicha dirección:

La [sic] novelas de Elena Garro son de hecho un viaje constante de adentro hacia afuera, de lo cerrado a lo abierto, de lo privado a lo público. Se puede ir de los espacios cerrados de una casa, de una memoria, de los sueños, donde sienta sus reales la subjetividad, a los espacios abiertos, a las calles desiertas, a las plazas, a la ensangrentada arena política, al discurso en voz alta. (1994, p. 207).

La conclusión de que la autora haya elegido como protagonista a un hombre ordinario de mediana edad para que los lectores empatizaran con él podría ser previsible, pero lo que se destaca en la novela es el uso de la anonimia. El carácter anónimo que se les impone a los protagonistas al despojarlos de sus nombres en las noticias y en las referencias que hacen de ellos sus vecinos y colegas es una forma de completar el silencio que la violencia institucional y social había impuesto a las víctimas. Al anonimato se le otorga otro papel singular en el texto. En las escenas donde Eugenio usa otros nombres inventando y enumerando nombres posibles, termina diciendo: "el nombre no importaba" (p. 124), y mientras permanece en el suelo del automóvil de la Policía va pensando en "otros Eugenios Yáñez" (LEÓN VEGA, 1994, p. 207) que padecerían un destino igual al suyo. Así, Garro consigue un doble efecto con la anonimia: además del resultado trágico, como una historia que podría ser suya, imprime más fuerza para sensibilizar a los lectores para romper "la tolerancia social de la violencia" (MELGAR, 2003, p. 155), en términos de las víctimas y de los protagonistas anónimos de la huelga ferrocarrilera de 1959 y, muy posiblemente, también del movimiento de 1968.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Nació en Busán, República de Corea. Posee estudios de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas, en la Universidad Nacional de Seúl, y cursa la Maestría en la Lengua y Literatura Hispánicas, en la misma universidad desde 2016. Ha publicado "La polisemia del título Cuatro monólogos monstruosos, de Andrés Neuman, a través de los silencios del discurso" en la revista *Sincronía*, núm. 73, 2018. Ha participado en varios congresos nacionales de la Asociación Coreana de Hispanistas y, con la ponencia "El límite de los testimonios de Domitila", en el II Congreso de Literatura y Derechos Humanos: "Nuevas violencias, nuevas resistencias" (2017, Morelia, México). Fue becaria del Programa BK (Brain Korea) Plus y, actualmente, es becaria GSI (Graduate Student Instructor).

## REFERENCIAS

ABOITES AGUILAR, Luis. El último tramo, 1929-2000. In: **Nueva historia general de México**. México: El Colegio de México, 2010, p. 262-302.

BRANDOLI, Javier. Elena Garro: la madre maldita del realismo mágico. **El Mundo**, 2016, 30 oct. Disponible en: <<http://www.elmundo.es/cultura/2016/10/30/5814d0a5e2704e58258b45ba.html>>. Acceso en: 4 nov. 2017.

DESSAU, Adalbert. *José Trigo*. Notas acerca de un acontecimiento literario en la novela mexicana. **Bulletin Hispanique**, 1968, v. 70, n. 3-4, p. 510-519.

ECHEVERRÍA, Pedro. Paros y huelgas ferrocarrileras de 1958/59 y los electricistas que luchan 50 años después. **ALAI**, 2009, 27 oct. Disponible en: <<http://www.alainet.org/es/active/33998>>. Acceso en: 4 nov. 2017.

ESCOBAR LEDESMA, Agustín. 50 aniversario del movimiento ferrocarrilero. **La Jornada Semanal**, 2009, n. 751. Disponible en: <<http://www.jornada.unam.mx/2009/07/26/sem-agustin.html>>. Acceso en: 4 may. 2018.

GARRO, Elena. **Y Matarazo no llamó ...** México: Grijalbo, 1991.

HERNÁNDEZ Y LAZO, Begoña C. Demetrio Vallejo Martínez, el líder ferrocarrilero. **Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH**, 2011, n. 92, p. 45-58.

JARDÓN, Raúl. **1968, El fuego de la esperanza**. México: Siglo XXI, 1998.

LEÓN VEGA, Margarita. La experiencia del tiempo y del espacio en la novelística de Elena Garro. In: VILLEGAS, Juan (Ed). **Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1992a)**. Irvine (Calif.): Asociación Internacional de Hispanistas, University of California, 1994, p. 205-211.

LOAEZA, Soledad. Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968. In: **Nueva historia mínima de México**. México: El Colegio de México, 2004, p. 262-302.

MELGAR, Lucía. Silencio y represión en *Y Matarazo no llamó...* **Letras Femeninas**, 2003, v. 29, n. 1, p. 139-159.

\_\_\_\_\_. El tren pasa primero, de Elena Poniatowska. **Letras Libres**, 2006, n. 90. Disponible en: <<http://www.letraslibres.com/mexico/libros/el-tren-pasa-primero-elena-poniatowska>>. Acceso en: 4 nov. 2017.

**NEXOS**. El movimiento ferrocarrilero, 1958-1959 (Cronología mínima). 1978, 1 dic. Disponible en: <<https://www.nexos.com.mx/?p=3248>>. Acceso en: 10 may. 2018.

ROSAS LOPÁTEGUI, Patricia. Las dos novelas políticas de Elena Garro: *Los recuerdos del porvenir* e *Y Matarazo no llamó...* **Argus-a**, 2017, v. 6, n. 25, p. 1-17.

VALENZUELA, Andrea. Los días terrenales del PCM y José Revueltas: polémica, poética y el papel del intelectual. **Literatura mexicana**, 2004, v. 15, n. 2, p. 39-63.